

# MONSEÑOR ROMERO

## MARTIR DEL MAGISTERIO

Mons. Ricardo Urioste



### INTRODUCCION

Mi primer encuentro con Mons. Romero, ocurrió pocos días después de su toma de posesión como Arzobispo, el 22 de febrero de 1977. Personalmente yo no había asistido a su toma de posesión, porque no me sentía honesto de estar presente, ya que no era el Arzobispo que yo, como muchos otros, deseábamos.

Mi primer encuentro con él fue puramente casual, pero dejó en mí un recuerdo. Nos topamos materialmente, saliendo él y entrando yo al Seminario. Por imborrable supuesto que lo saludé y él me contestó con una sola palabra: "ayúdeme". Palabras que no sólo me las decía a mí, sino a todos los que se encontraban con él. Me impresionó su humildad, rasgo que lo distinguió siempre. Muchas veces pidió perdón pública o privadamente por faltas cometidas.

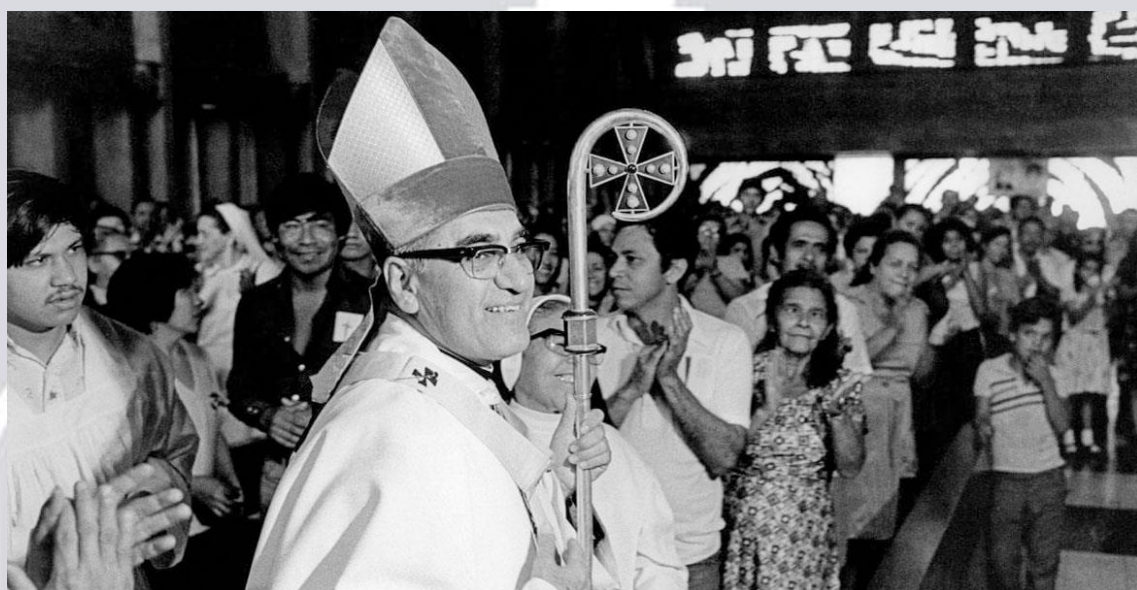
Su muerte tres años después, no fue una muerte cualquiera. Fue la muerte de un Santo, de un profeta y de un verdadero cristiano. Fue un mártir de la fe y del magisterio eclesiástico. Murió por creer en Dios, por el evangelio, por el pueblo en quién veía al mismo Cristo, y por ser fiel a las enseñanzas de la Iglesia. Supo guardar en su vida una

doble fidelidad, fidelidad a Dios y a la persona humana, que debe ser el criterio distintivo de todo autentico cristiano.

Recordar su persona, veinticinco años después, en esta preclara Universidad de Nuestra Señora, invitado gentilmente por el Padre Pelton, significa reactualizarlo y hacerlo presente, no sólo para admirarlo, sino para seguir el ejemplo de su vida. Significa, igualmente, junto con él, recordar a tantos otros, en nuestro país, campesinos, maestros, sindicalistas, sacerdotes y religiosas, es decir, a todo un pueblo masacrado y crucificado.

Tres amores, llenaron la vida de Mons. Romero: Su amor a Dios, su amor a la Iglesia, su amor al pueblo, especialmente a los pobres.

Se me ha pedido para esta ocasión un mensaje sobre Mons. Romero, como "Mártir del Magisterio" es decir, mártir por el Evangelio y por las enseñanzas del magisterio de la Iglesia.



### **MONSEÑOR ROMERO MÁRTIR DEL MAGISTERIO**

Al decir Magisterio pensamos necesariamente en Cristo, el único maestro y guía tanto de la función magisterial del Papa, de los Obispos, de los Teólogos y de todos los demás responsables del Magisterio de la Iglesia. El resumen del Magisterio de Cristo hay que ponerlo en la práctica del amor. Tanto en la confrontación polémica con los fariseos, como en las enseñanzas a sus discípulos, Cristo acusa la incoherencia del Magisterio de quienes proclaman la verdad pero no la viven.

Recuerdo a Mons. Romero diciéndome un día "me llama tanto la atención, que en su magisterio, Jesús tuvo preferentemente en cuenta a los pobres. Sus dos discursos, en el Sermón de la montaña como en Nazaret, se refieren a los pobres y a los que sufren." Así inicia su vida pública el Señor, teniendo en su mente a las multitudes pobres a quienes curaba y daba de comer. Su compañía fueron siempre los lisiados, los ciegos, los leprosos y necesitados, ¿Acaso, eso no dice algo a su Iglesia y a sus Pastores? Monseñor Romero si lo hizo suyo. No sé cuántos Obispos en el mundo habrán hecho lo que él hizo en una ocasión. Cuando siendo Obispo de una diócesis rural, antes de San Salvador, al

darse cuenta que los cortadores de café, al terminar sus labores, pagados miserablemente, iban a dormir al parque de la localidad a la intemperie, él abrió las puertas de su casa Episcopal para darles un refugio bajo techo, aprendiendo así del maestro Jesús, único maestro de nuestra vida cristiana.

Pero también aprendió de Cristo a orar. Un día dio predicando dijo: "En el corazón de cada hombre hay como una pequeña celda íntima, donde Dios baja a platicar a solas con el hombre. Y es allí donde el hombre decide su propio destino, su propio papel en el mundo; vivimos muy afuera de nosotros mismos. Son pocos los hombres que de veras entran dentro de sí, y por eso hay tantos problemas... En el corazón de cada hombre hay como una pequeña celda íntima, donde Dios baja a platicar a solas con el hombre. Y es allí donde el hombre decide su propio destino, su propio papel en el mundo. Si cada hombre de los que estamos tan emprobleados, en este momento entráramos en esta pequeña celda y, desde allí, escucháramos la voz del Señor, que nos habla en nuestra propia conciencia, cuánto podríamos hacer cada uno de nosotros por mejorar ambiente, la sociedad, la familia en el que vivimos (Homilía 10 de julio de 1977)

Me tocó en diversas ocasiones darme cuenta de su gran espíritu de oración, de su alma enraizada en Dios. Fue en Diciembre de 1979. Lo visitaba el Cardenal Lorscheider de Brasil y un hombre importante, miembro del gobierno de El Salvador y estaba también yo entre sí y en un momento de la conversación, Monseñor se presente. Conversaban excusó y salió de la reunión. Pasaban los minutos y no volvía. Pensé que aquellas personas no habían ido a verme a mí sino a él y después de unos minutos yo me excusé también y salí a buscarlo. Fui a su apartamento y no estaba, busqué en la sala de visitas y tampoco, me asomé al pequeño jardín del Hospital donde vivía y tampoco estaba. Decidí regresar a la reunión y en eso se me ocurrió ver en la Capilla. Ahí estaba Monseñor hincado en la tercera banca ante el Santísimo Sacramento que estaba expuesto. Me acerqué y le dije "Monseñor, los señores lo están esperando". "sí, ya voy", me dijo. Entonces pensé que Monseñor había ido ante el Señor a consultar qué responder al Cardenal y qué responder al hombre del gobierno. Cuando después de su asesinato llegaban delegaciones de diversos países que admiraban mucho a Monseñor Romero, algunos preguntaban si era verdad que a Monseñor Romero lo habían manipulado: un grupo de sacerdotes, o la izquierda, o algunos Jesuitas. Y yo contestaba si es verdad. Fue manipulado. Lo manipuló sólo Dios que hizo con él lo que quiso.

Porque seguir a Cristo es, desde luego, estar muy unido con él. Pero como bien sabemos, la espiritualidad es tener el espíritu de Jesús, pero, al mismo tiempo tener la misericordia que Jesús tenía al dar de comer a los hambrientos y, al decir: "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos". Y Monseñor tuvo también ese espíritu de Jesús al compadecerse de las multitudes hambrientas, atropelladas y asesinadas. Así aprendió del magisterio de Jesús.

Acompañé a Mons. Romero a Roma, cuando en marzo de 1977, hizo su primera visita al Papa para dar explicaciones sobre la situación de la Arquidiócesis y con ocasión de la misa única celebrada en el entierro del Padre Rutilio Grande. Tenía un poco más de un mes de ser Arzobispo. Al llegar, lo primero que hizo fue arrodillarse devotamente, durante al menos 15 minutos, en el altar de la confesión de la Basílica de San Pedro,

sobre la tumba de San Pedro y demás Papas. Ahí lo pude ver orando con profunda devoción. Su la Iglesia y a los Papas lo estaba poniendo de manifiesto, su lema episcopal con la Iglesia" no era para él una frase bonita. Sino un compromiso de vida. El oles 30 fue recibido por el Papa a quien explicó cómo estaba tratando de poner en práctica lo que el Vaticano II y Medellín y el mismo Pablo VI, en la "Populorum progressio" habían propuesto. Se sintió tan alentado con las palabras de Pablo VI: "animo, adelante, usted es el que manda".

La Arquidiócesis está viviendo una "hora Pascual" dejó escrito Mons. Romero. En su quehacer Pastoral, el Arzobispo Romero estaba tratando de hacer realidad lo que el Papa y los Obispos latinoamericanos habían surgido en la reunión Latinoamericana de Medellín, Colombia: "que se presente cada vez más nítido en América Latina, el rostro de una iglesia auténticamente pobre, misionera y pastoral, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres" (Documento sobre los jóvenes, No. 15).

Años antes, en su primera misa, como sacerdote recién ordenado repartió en su primera misa como sacerdote, una estampa con un mensaje que decía: "Que te agrade, Señor, este sacrificio que te ofrecemos y gobierna con protección constante a tu siervo el Romano Pontífice. Oscar A. Romero en mi primera misa solemne. Ciudad Barrios, 11 de Enero de 1944". Su amor al Papa y su magisterio lo llevaba en el alma. El magisterio de la Iglesia iba a ser también causa de su martirio.

Cuando fue nombrado Obispo residencial de la Diócesis de Santiago de María en 1975, fue a Roma a agradecer su nombramiento y el Papa le obsequió un cáliz. Más tarde Mons. Romero escribió al Papa diciéndole que el cáliz "continúa siendo en todas mis misas un signo de mi comunión y de la de mi Diócesis con su Santidad y con la Iglesia".- Dijimos antes que uno de los amores que caracterizó la vida de Monseñor Romero fue el del Papa y de la Iglesia y su magisterio. Este amor lo concretaba en seguir sus enseñanzas casi al pie de la letra. Lo que el Papa decía era para él un evangelio nuevo.

Además de los Santos Padres de los primeros siete siglos, que en su magisterio habían sido tan incisivos en la defensa de los pobres, Monseñor Romero conocía la sistematización de la doctrina social de la Iglesia, a partir de las encíclicas sociales de León XIII con la RERUM NOVARUM y la "Quadragésimo anno" de Pio XI. Más adelante el Concilio Vaticano II, los documentos del Papa y los Obispos Latinoamericanos de Medellín y Puebla, fueron para él el apoyo necesario en su Pastoral.

Yo sostengo que si Mons. Romero no hubiera sentido el gran apoyo de los documentos sociales Pontificios, él se hubiera sentido más desarmado para desarrollar la enorme labor que en defensa de los pobres llevó a cabo en su ministerio Pastoral. ¿Porqué afirmo esto? ¿Porqué me atrevo a afirmar que él fue también un mártir del magisterio Eclesiástico?

Al ser nombrado Arzobispo en 1970, el lema que escogió para su episcopado fue " Sentir con la Iglesia", como antes lo he mencionado. Esa opción no fue producto de los momentos. Fue resultado de su adhesión, de su admiración por todo lo que venía y

había venido de los Papas. Nunca claudicó de esta fuente, al contrario, la hizo cada vez más suya. Sentía en ella, más fuerza, más vigor y sobretodo, más seguridad. Pienso que de no haber tenido ese respaldo, Monseñor Romero, no habría sentido tanta seguridad, ya que esa doctrina concretizaba el evangelio y la acomodaba a las circunstancias concretas de la gente

"Sentir con la Iglesia" significó para él tres cosas: en primer lugar, estar muy unido siempre en una oración constante y fervorosa. Un día confesó que en Dios era que encontraba la fuerza para seguir siempre adelante. En segundo lugar significaba, un decidido amor y servicio al pueblo, hasta las últimas consecuencias, como lo hizo al ofrendar su vida en el altar de Dios por ese pueblo al que amó y defendió hasta el último momento. Y en tercer lugar, significaba para él un acatamiento filial a las enseñanzas emanadas por la Iglesia. Y pienso que este último significado fue siempre norma de su vida

En la homilía del 2 de julio de 1978 decía: "Es fácil hablar de la doctrina social, pero es difícil ponerla en práctica". Con eso, sin duda, quería referirse a la diferencia entre la Ortodoxia y la Ortopraxis. Todos aceptamos el evangelio, todos aceptamos el Concilio Vaticano II y los diferentes documentos del magisterio de la Iglesia, pero una cosa es aceptarlos teóricamente o tenerlos almacenados en los estantes de nuestra bibliotecas y otra muy distinta es decirse: si el evangelio y el magisterio me han dicho tales cosas, sobre la pobreza, la injusticia, la dignidad humana, voy a hacerlos míos, predicar sobre ellos. Señalar la injusticia, defender a los pobres. o acaso no fue el concilio Vaticano II el que dijo: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobretodo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, de los discípulo de Cristo" (Vat. II, Gaudium et Spes, No.1) Monseñor Romero, lo tuvo en cuenta, vio la realidad de su pueblo y se dijo: si la Iglesia me lo está pidiendo voy a aplicarlo a la realidad de miseria, injusticia y pobreza de mi gente. Tuvo siempre presente el magisterio de la Iglesia, concretizado en el Vaticano II, en los documentos de Medellín y Puebla y la Evangelii Nuntiandi, y aunque tropezó con dificultades con Roma, por su actitud, el 30 de septiembre del 79, había dicho; "Quiero ser fiel al Papa hasta la muerte". Y cuando en 1983, el Papa Juan Pablo II, visitó San Salvador lo primero que hizo en su recorrido por la ciudad fue visitar la tumba de Monseñor y orar ante ella. Por aquello en lo que creía, basado en el evangelio y el magisterio de la Iglesia, Monseñor Romero estuvo siempre listo a sufrir, sin claudicar, cualquier riesgo que pudiera venir. Así el 11 de noviembre de 1979 dijo: "Quiero asegurarles a ustedes, y les pido oraciones, para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio exige"

Monseñor Romero estuvo siempre a la escucha. Escuchaba a Dios, al magisterio de la Iglesia y al pueblo, especialmente a los más pobres. A Dios, como principal fuente de su inspiración y vida, al magisterio para tener presentes siempre sus enseñanzas y al pueblo, que era el objeto de su servicio.

En esta escucha al pueblo recuerdo una ocasión en que reunió a los cerebros de las moralistas, teólogas, Arquidiócesis para consultar algo. Había ahí pastoralistas, canonistas. Todos daban su parecer sobre lo que preguntaba y él tomaba nota y



apuntaba. Terminada la reunión que duró casi dos horas, bajó las gradas del lugar donde estaba. Había ahí alguien que parecía un pordiosero y Monseñor se acercó a él. Pensé que iba a darle algo, pero para mi sorpresa, le hizo la misma pregunta que había hecho en la reunión. Así escuchaba al pueblo, en quién veía también a la Iglesia. Esta era para él la Iglesia de la calle

Una carta, escrita al Cardenal Sebastián Baggio, prefecto en aquel entonces de la Congregación para los obispos, el 24 de junio de 1978, define claramente su pensamiento y su actuar como arzobispo. Dice en parte: "He tratado de proclamar la fe verdadera sin desligarla de la vida, ofrecer el rico tesoro del Magisterio a todos en su globalidad, y mantener firme la unidad de la Iglesia, representada en el Romano Pontífice. Desde hace muchos años mi lema ha sido: "Sentir con la Iglesia". Y lo será así siempre. Muchas veces me he dicho a mí mismo: qué difícil es querer ser fiel totalmente a lo que la Iglesia proclama en su Magisterio, y que fácil, por el contrario, olvidar o dejar de lado ciertos aspectos. Lo primero conlleva muchos sufrimientos; lo segundo, trae mucha seguridad, tranquilidad y ausencia de problemas. Aquello suscita acusaciones y desprecios; esto último, alabanzas y perspectivas humanas muy halagüeñas. Pero me ha confirmado lo que el Magisterio, a través del Concilio, dice a los obispos: "Expongan la doctrina cristiana de manera acomodada a las necesidades de los tiempos, es decir, que responda a las necesidades y problemas que angustian señaladamente a los hombres, y miren también por esa misma doctrina, enseñando a los fieles mismos a defenderla y propagarla. Al enseñarla, muestren la materna solicitud de la Iglesia para con todos los hombres, fieles o no fieles, y consagren cuidado peculiar a los pobres, a quienes los envió el Señor para darles la Buena Nueva"

Me parece éste un documento muy importante, para deducir de él la conexión entre su muerte y el magisterio de la Iglesia. En él habla de la fe, pero que no debe ser desligada de la vida de todos los días. Habla del magisterio de la Iglesia, pero al cual hay que tenerlo en cuenta en su globalidad, habla de la unidad y recuerda, lo que ha sido siempre el lema de su vida " Sentir con la Iglesia".

Más explícito va a ser en su adhesión al magisterio y sobre él dice dos cosas: lo difícil que es ser totalmente fiel a lo que la iglesia proclama en tantos documentos: la justicia, los pobres, los derechos humanos y proclamar esto último lo declara difícil porque trae muchos sufrimientos. Él lo comprobó en su propia persona en acusaciones, desprecios y calumnias y finalmente en la ofrenda martirial de su vida, celebrando la Eucaristía. El dejarlo de lado y no hacerlo, trae, al contrario, alabanzas,

Dichosamente conservamos las notas de sus retiros espirituales de cada año de 1966 a 1980. En ellos encontramos repetidamente su devoción y filial adhesión al magisterio de la Iglesia. El 8 de junio de 1970 escribía de su puño y letra en el retiro previo a su ordenación Episcopal: "Quisiera distinguirme por eso, por ser el Obispo del Corazón de Jesús y he sentido la riqueza y la trascendencia de estos ejercicios: la misericordia, la gracia, la paz " Y en sus resoluciones observa: 1) "Tomar conciencia de si" y lo desglosa de este modo: a) conocer cada día más a la Iglesia y mi puesto y mi deber con ella. B) fidelidad al magisterio. Su doctrina es mi criterio C) Estar al día en documentos, noticias de la Santa Sede y de la Iglesia Universal". Nunca deja de mencionar el magisterio de la Iglesia. Es casi su obsesión y su roca, juntamente con el Evangelio en

que quiere basarse y termina esta parte diciendo: "Tengo un compromiso con la Santa Sede", pero también añade: "con los pobres, amarlos como imágenes de Cristo" y antes se ha preguntado: cómo dar de comer a tanta gente"?. Me parece tan importante y definitiva para su ser de Pastor, predicador y vida lo que ha dicho: "Fidelidad al magisterio. Su doctrina es mi criterio". Criterio es una norma de vida, de ser y de actuar y para él, el magisterio de la Iglesia., basado en el evangelio, era su criterio, la "regla para conocer la verdad" como lo define el diccionario, y para él, el magisterio fue la norma para conocer y auscultar la realidad, interpretarla y sacar las consecuencias necesarias para aplicar la doctrina a la realidad con su gran amor al magisterio y su absoluta confianza en él, Monseñor Romero se convirtió así en un profeta de nuestro tiempo. El profeta Amós, en la Biblia, en el cosa alguna el Señor Yavé sin revelar sus secretos a capítulo 3, verso 7 dice: "No hace sus siervos, los profetas". Se afirma aquí, que Dios revela su secreto al profeta. Aquí, "cosa", en el texto de Amós, significa "acontecimiento, situación, realidad". Todo el mundo ve las cosas o los acontecimientos. Sin embargo, las personas se quedan en la cáscara o en la apariencia de los acontecimientos. El profeta., en cambio, penetra la cáscara del acontecimiento y llega hasta el núcleo profundo que es el secreto o sentido que posee el acontecimiento. En otras palabras, él ve en los acontecimientos el proyecto de Dios que se puede realizar.

¿Por qué la mayoría de las personas no vemos lo que el profeta si ve? Porque, generalmente, los acontecimientos quedan como una envoltura gruesa producida por las ideas y las interpretaciones que tienen fuerza en el sistema vigente. Estas ideas e interpretaciones son impuestas por quienes se benefician de un determinado sistema y no quieren cambios porque éstos perjudicarían o acabarían con sus privilegios. Las personas dominadas por el sistema están imposibilitadas para conocer y comprender la realidad, pues ésta se presenta interpretada ya por los mantenedores del sistema, que se perpetúa así de modo incuestionable.

El profeta simplemente no acepta esa versión manipulada de la realidad. Ante las situaciones y los acontecimientos, desconfía de las interpretaciones vigentes y llega hasta el fondo en el análisis de la realidad. Descubriendo lo que Dios nos quiere decir con los acontecimientos.

En febrero de 1972 hace de Nuevo su retiro anual y deja escrito: "más valor para defender mi "sentir con la Iglesia". Luego en 1978 ha de plasmar una frase importante y en ella dice: "Lo que el mundo necesita en el Post concilio son signos del sermón de la montaña" Resumiendo en esa frase todo lo que poco a poco lo convertiría en un defensor de los pobres, basado siempre en el Evangelio y el magisterio. A lo que iba a añadir: "Nos urge Dios el cambio". Se ha dicho de Mons. Romero que él cambió drásticamente con el asesinato del Padre Rutilio Grande. Que entonces fue su conversión a menos de un mes de su inicio como Arzobispo. Yo no lo creo así. Creo que Mons. Romero fue alguien que siempre, toda su vida, buscó su conversión. Fue algo así como lo que nos relata San Marcos cuando Jesús cura a un ciego y San Marcos dice: "Cuando llegaron a Betsaida le trajeron un ciego y le pidieron que lo tocara. Jesús tomó al ciego de la mano y lo sacó fuera del pueblo. Después de mojarle los ojos con saliva, puso sus manos sobre él y le preguntó: ¿ves algo? El ciego, que empezaba a ver, dijo: Veo a los hombres, pero como si fueran árboles que caminan. Luego, le puso

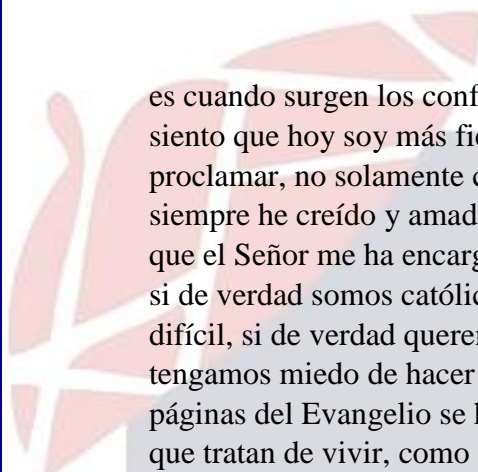
nuevamente las manos en los ojos y éste empezó a ver perfectamente y quedó sano, va que de lejos veía claramente todas las cosas". (Marcos, 8 22- 26). El también, Monseñor Romero, fue viendo poco a poco, descubriendo más el evangelio, el magisterio de la Iglesia y la situación del dolor del pueblo. Todo eso es lo que lo va cambiando. El nunca habló de sí mismo como de conversión, habló de evolución. Por eso dejó escrito: "disposición de cambio. Quién no cambia no captará el reino" Por eso agregaba: "Escapamos de la realidad y así escapamos de Dios"

En julio de 1975 participa en el retiro espiritual que el Cardenal Pironio dictó para los Obispos de Centroamérica y en ellos escribe: "Ciertamente hay íntima conexión entre la fe y lo histórico y lo político". Esta idea la iba a tener más clara y muy presente en sus años como Arzobispo. Por eso concluye escribiendo: "trabajar en mí el hombre nuevo que Dios y el tiempo me piden" y en sus Ejercicios Espirituales en 1977 no podían faltar tampoco sus miradas al Supremo Pontífice y hablar de su necesaria "fidelidad al Papa", y, sin embargo agrega también "Fidelidad a la hora en que nos ha tocado vivir".

Tres Obispos han sido asesinados, a lo largo de la historia, dentro de sus Templos. El primero, San Estanislao de Cracovia en Polonia, que fue asesinado por señalar los pecados personales del Rey, es decir en defensa de la moral. El segundo fue Thomas Beckett, Arzobispo de Canturbery, asesinado por defender los derechos y libertades de la Iglesia. El tercero, Monseñor Romero fue asesinado por defender a los pobres, amparado en el Evangelio y el magisterio de la Iglesia. Los dos primeros fueron Canonizados.

Las homilias de Monseñor Romero reflejan esa adhesión incondicional suya al magisterio de la Iglesia y la seguridad que le daban en su actuación como Pastor: "No demos la impresión de ser dos Iglesia, sino que somos una sola Iglesia en la línea proclamada por el magisterio de esa Iglesia, sobre todo para los tiempos nuevos en el Concilio Vaticano II y en los documentos de Medellín" (Homilía, 2 oct. 1977). Esa es la Iglesia, que el magisterio del Papa a quien ama tanto, le ha enseñado y en ella se basa para su predicación y actuación. Se siente seguro, se siente irme con el magisterio para él tan claro. Y en la homilía del 19 de diciembre del 77 decía: "La verdad solamente existe en comunión con el magisterio de la Iglesia". No hay verdad sin el magisterio, afirma Monseñor, y a esa verdad se apega férreamente. Lo recalca en otra ocasión: "Esté siempre fiel al magisterio de la Iglesia y no se engañará" (Homilía, 19 junio, 1977). Todo esto lo cree con absoluta ingenuidad y seriedad de Pastor. Y va a invitar a sus sacerdotes y pueblo en general a pensar de la misma manera. Lo dijo así en la homilía del 6 de enero de 1980: El día en que un sacerdote, o una comunidad o un catequista, un agente de pastoral, prefiera los caprichos del pueblo a las inspiraciones del magisterio de la Iglesia, ya no es Iglesia, ya está predicando sólo algo muy terrenal, muy humano". Y pide al pueblo que no se desvíe de "la línea recta donde va el Concilio Vaticano II y Medellín" (Homilía, 9 de octubre del 77) y pide no dudar de ellos porque son documentos de la Iglesia (Homilía 15 mayo 77) y quiero, para terminar. Hacer una cita de su homilía del 2 de julio de 1978. Dice así: "He ratificado una vez más que moriré, primero Dios, e sucesor de Pedro, al vicario de Cristo. Es fácil predicar teóricamente sus enseñanzas. Seguir fielmente el magisterio del Papa en teoría es muy fácil. Pero cuando se trata de vivir, cuando se trata de encarnar. Cuando se trata de ser realidad en la historia de un pueblo sufrido como el nuestro esas enseñanzas salvadoras,





es cuando surgen los conflictos. Y no es que me haya hecho infiel ¡Jamás! Al contrario, siento que hoy soy más fiel porque vivo la prueba, el sufrimiento y la alegría íntima de proclamar, no solamente con palabra y con profesiones de labios, una doctrina que siempre he creído y amado, sino que estoy tratando de hacerla vida en esta comunidad que el Señor me ha encargado. Y yo les suplico a todos ustedes, queridos hermanos, que si de verdad somos católicos, seguidores de un Evangelio auténtico y por auténtico muy difícil, si de verdad queremos hacer honor a esta palabra de seguidores de Cristo, no tengamos miedo de hacer sangre y vida, verdad e historia esa doctrina que de las páginas del Evangelio se hacen actualidad en la doctrina de los concilios y de los Papas, que tratan de vivir, como verdaderos Pastores, las vicisitudes de su tiempo".

(Homilía 2 de julio de 1978, V p. 42).

la Iglesia le pedía y Monseñor Romero hizo sangre, vida, verdad e historia lo que hablando de su muerte dice: "El Papa ha sido siempre para mí una iluminación y pienso morir fiel a él" (Homilía 9 de abril de 1978). Y murió fiel a Dios, fiel a la persona humana y fiel al magisterio de la Iglesia. Por esto es que creo, afirmo y sostengo que él fue un mártir del Magisterio Eclesiástico

# CULTURA ROMERIANA

CAMINANDO CON SAN  
ROMERO DE AMÉRICA

